

GUSTAVO ADOLFO BECQUER, EL GRAN ROMANTICO

Por *MARIANO LEBRON SAVIÑON*

Sus rimas

La poesía de Bécquer tiene ternuras, dulces ternuras aromosas. Sus versos están henchidos de levedad, de misteriosa dulcedumbre a pesar del amargor de sus dolores.

Gustavo Adolfo Bécquer amaba entrañablemente a su hermano Valeriano. Este era pintor y compartió con el poeta su pesadosa miseria. Abandonando su Sevilla natal vino a Madrid en busca de la gloria. La gloria, coquetuela y esquiva, lo desdeñó. Por eso su poesía fué dolorosa y desgarrada.

Su retrato nos lo pinta taciturno y triste. He aquí como nos lo describe su amigo Julio Nombela:

Siempre fué serio. No rechazaba la broma, pero la esquivaba. Nunca le ví reír; sonreír, siempre, hasta cuando sufría. Tampoco le ví llorar. Lloraba hacia dentro. Era paciente, sufrido, resignado, amante, bondadoso. Sabía compadecer, perdonar, admirar lo bueno y ocultar así mismo lo mísero y lo malo.

Pero Bécquer no fué comprendido. Gaspar Núñez de Arce lo alude con desdén.

Núñez de Arce se perdió en el torrente de sus propias altisonancias y de su poesía perfectamente seria, y desde luego le re-

sultó inaccesible el mundo de angustias y de hondas emociones íntimas de Gustavo Adolfo Bécquer. No pudo llegar, el amargado poeta de *Las lamentaciones de Lord Byron*, a la médula de aquella angustia lírica, de ese romanticismo doloroso y vibrador. Habló de él con tono despectivo. “Esos suspirillos líricos — dice — de corte y sabor germánicos, exóticos y amanerados, con lo cual expresa nuestra adolescencia poética sus desengaños amorosos, sus ternuras malogradas y su prematuro hastío de la vida”.

Le pasó a Núñez de Arce con Bécquer como al Marqués de Santillana con los romances. Hoy, a despecho de uno y otro, mientras ellos envejecen, manteniéndose frescos, al par que el romance-ro, la fragancia melancólica de las rimas.

Nada más espontáneo y natural que la rima de Bécquer. Las rimas son poesías breves. A veces se trata tan solo de una cuarteta:

¿Qué es poesía? , dices mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul.
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía eres tú.

Se trata de una sola cuarteta pero donde puede enerrarse todo un intenso madrigal:

Por una mirada, un mundo;
por una sonrisa, un cielo;
por un beso ... yo no sé
que te diera por un beso.

O esta otra cuarteta, donde Bécquer sintetiza un manantial de amor y de deseo:

Hoy la tierra y los cielos me sonrén,
Hoy ha bajado hasta mi alma el sol;
Hoy la he visto ... la he visto y me ha mirado ...
¡Hoy creo en Dios!

Tenía Bécquer la difícil facilidad en el decir. Pero no se crea que el poeta era una fluencia de palabras hermosas y de esponneidad. Por el contrario, limaba y corregía sus versos, poniendo mucho cuidado en llevarlos a la perfección. Por eso son sus versos poe-

mas perfectos que sugieren más de lo que dicen. Lo que buscaba era lo que obtenía: limpieza y nitidez, y resonancias sin aspavientos ni notas disonantes.

Bécquer murió joven de una hemoptisis. Era el último tributo que rendía a su vida llena de tribulaciones. Aún así, no se quejó acerbamente; su hondo penar no acibaró su alma que es entrega a la deleitable dulzura de sus rimas. Con voz de amor dice simplemente:

Del salón en el ángulo oscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
Silenciosa y cubierta de polvo,
veáase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarlas!

¡Ay! — pensé — ¡Cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: “ ¡Levántate y anda! ”

Esa era la brega batalladora de su vida, su suprema ambición; su trajinar inútil en pos del toque de la genialidad, que él sabía arregostada en su alma, como las armonías en el polvoroso silencio de las cuerdas de su lira. Esa voz, como la que escuchara Lázaro y que Bécquer quería oír despertando las armonías de su alma, era la que le acuciaba en su búsqueda eterna; era un imposible, un imposible deseado en las noches insomnes de sus delirios:

Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz;
soy incorporea, soy intangible;
no puedo amarte: “ ¡Oh, ven, ven tú! ”

Porque él sabe, ¿cómo no ha de saberlo si lo ha sufrido?, lo que es la sublime angustia de la creación. Es precisamente Bécquer quien ha exclamado, ardido por la llama de la angustia creadora: “Poesía, perfección imposible”.

Porque Gustavo Adolfo Bécquer, el poeta melancóli-

co, en cuya voz hay ecos otoñales en plena juventud; que juguetea, con inefable afán, con las nieblas norteñas, llevó a su honda poesía el eco vagaroso de sus profundas angustias, las desgarraduras de sus dolores; ese tanto soñar con ansias desesperantes, con la divina mujer cuya mano de seda nunca se posó en su frente, este Bécquer arrancó de las cuerdas más tensas de su lira notas bordoneantes. No conocemos en la lírica española un grito de desespero como el de esta rima becqueriana:

Llegó la noche y no encontré un asilo;
¡y tuve sed! ... Mis lágrimas bebí.
¡Y tuve hambre! ... ¡Los hinchados ojos
cerré para morir!

Estaba en un desierto! Aunque a mi oído
de las turbas llegaba el ronco hervir,
yo era huérfano y pobre ... ¡El mundo estaba
desierto para mí!

Bécquer, en la orfandad de su vida amorosa, en su crónica tragedia, apurada entre desgarramientos de sus pobres pulmones, incomprendido por los que lo rodeaban, a no ser el pequeño orbe de bohemios que le admiraba, vió morir, entre tártagos y miserias, a su hermano Valeriano, en quien había puesto grandes ilusiones y para quien guardaba hondas ternuras, y acompañó su cadáver al cementerio bajo la convicción de que muy pronto lo seguiría a la región desconocida. Así fué. Desaparecido su hermano, el poeta sintió más triste y dilatada su soledad, su espantosa soledad de amor, y en la noche de su parvo ámbito mortal, sin techo, sin abrigo, sin luz

... ¡Los hinchados ojos
cerró para morir!

Entonces anheló la muerte en el inmenso desierto que fué su vida. Ningún otro poeta ha dado en tan pocas palabras, en dos cuartetas, en tan sólo ocho versos, tanta facundia dolorosa, tal caudal de dolor.

Las mujeres en la vida de Bécquer

¿Cómo se llamaron las mujeres que pasaron por el alma del poeta? No importa, porque la mujer que soñó el poeta no

es una Marcela desdeñosa, sino una Dulcinea ideal. El mismo dice en esa bella prosa que tanto admiramos:

He pasado los días más hermosos de mi existencia aguardando a una mujer que no llega nunca ...

“Pero yo la he esperado y la espero aún, trémulo de emoción y de impaciencia. Mil mujeres pasan al lado mío: pasan, unas altas y pálidas, otras morenas y ardientes; aquéllas con un suspiro, éstas con unas carcajada alegre; y todas con promesas de ternuras y de melancolías infinitas, de placeres y de pasión sin límites. Este es su talle, aquellos son sus ojos y aquel el eco de su voz, semejante a una música. Pero mi alma, que es la que guarda de ella una remota memoria, se acerca a su alma ... ¡y no la conoce! ... Así pasan los años y me encuentran y me dejan sentado al borde del camino de la vida ... ¡Siempre esperando! ... Tal vez viejo, y a la orilla del sepulcro, veré con turbios ojos, cruzar aquella mujer deseada, para morir como he vivido ... ¡esperando y desesperando” (1)

Pero la mujer soñada y desconocida en el fondo de su entraña atormentada; las que se acercaron a su vida y se sumaron a su historia olvidados sus nombres en el anonimato a que las condena la *rima*, no le llevaron la paz ni la tranquilidad, ni la calentura del arrebato pasional, ni la fé, sino la fugacidad de un amor que se pierde en un gesto de orgullo o en el paréntesis de una lágrima infecunda:

Asomaba a sus ojos una lágrima
y a mi labio una frase de perdón;
habló el orgullo y enjugó su llanto,
y la frase en mis labios expiró.

Yo voy por un camino, ella por otro;
pero al pensar en nuestro mutuo amor,
yo digo aún : “¿Por qué callé aquel día? ”
Y ella dirá: “¿Por qué no lloré yo? ”.

¿No es este orgullo causa de grandes catástrofes, de estrepitosos derrumbes? En la brega amorosa, la mutua compasión y la humanidad son lazos irrompibles, nudos poderosos del amor. Por eso el canto de su rima melodiosa:

Es cuestión de palabras, y, no obstante,
ni tú ni yo jamás,
después de lo pasado, comprendemos
en quien la culpa está

¡Lástima que el amor un diccionario
no tenga donde hallar
cuando el orgullo es simplemente orgullo
y cuando es dignidad!

El poeta está en esa cima de amor donde el reproche es suave. Es su historia: zahumada de desengaños, de pequeñas miserias, de cálidos arrebatos y de olvido. Porque el poeta ama; su sueño es esa mujer que busca, esa mujer ideal que está dormida en su recuerdo y desea despertar, en la rumorosa melodía de una palabra o en el fulgor de un gesto. Y en ese afán de amar, en ese desesperado anhelo de amor, en el otero de la desesperanza, atisba su temprana muerte; una muerte de bohemio incomprendido, completamente desesperado, ante la huidiza deidad que lo atormenta:

Antes que tú me moriré: escondido
en las entrañas ya,
el hierro llevo con que abrió tu mano
la ancha herida mortal.

Antes que tú me moriré; y mi espíritu
en su empeño tenaz,
sentándose a la puerta de la muerte,
allí te esperará.

Con las horas los días, con los días
los años volarán
y a aquella puerta llamarás al cabo ...
¿Quién deja de llamar?

Entonces que tu culpa y tus despojos
la tierra guardará,
lavándote en las ondas de la muerte
como en otro Jordán;

Allí donde el murmullo de la vida

temblando a morir va,
como la ola que a la playa viene
silenciosa a expirar;

Allí donde el sepulcro que se cierra
abre una eternidad ...
¡Todo cuanto los dos hemos callado
lo tenemos que hablar!

Pero la ofensa es más profunda; el dolor, más que una
puñalada que es honda y que se encona, es una historia oscura, una
historia que deja sombras abisales en las entrañas llagadas:

Cuando me lo contaron sentí el frío
de una hoja de acero en las entrañas;
me apoyé contra el muro, y un instante
la conciencia perdí de donde estaba.

Cayó sobre mi espíritu la noche
y en ira y en piedad se anegó el alma ...
¡Y entonces comprendí por qué se llora,
y entonces comprendí por qué se mata!

Pasó la nube de dolor ..., con pena
logré balbucear breves palabras ...
¿Quién me dió la noticia? ... Un fiel amigo ...
¡Me hacía un gran favor! ... Le dí las gracias.

La expresión de Bécquer se torna aquí irónica, como viene, tras de las ráfagas bramantes del huracán, el vórtice engañoso. Después de esos dos versos, de un contenido de amargor inusitado, en el que llanto y deseo de matar son comprendidos en un instante súbito de la vida, viene esa pasmosa tranquilidad, ese irónico agradecer: " ¡Le dí las gracias! " Esa calma es sólo presagio de otra tempestad de desesperación. Y esta surge en el solariego silencio de su hostal:

Dejé la luz a un lado, y en el borde
de la revuelta cama me senté,
mudo, sombrío, la pupila inmóvil
clavada en la pared.

¿Qué tiempo estuve así? No sé; al dejarme
la embriaguez horrible del dolor
expiraba la luz y en mis balcones
reía el sol.

Ni sé tampoco en tan terribles horas
en qué pensaba o qué pasó por mí;
sólo recuerdo que lloré y maldije
y que en aquella noche envejecí.

La recepción había hecho presa de su alma; un hondo escepticismo quería sembrar abrojos de venganza y de odio en el terreno de su espíritu. Por eso clamó, en un claro del bosque de sus posesiones:

Una mujer me ha envenenado el alma;
otra mujer me ha envenenado el cuerpo;
ninguna de las dos vino a buscarme,
yo, de ninguna de las dos me quejo.

Como el mundo es redondo, el mundo rodará,
si, mañana rodando este veneno
envenena a su vez ¿Por qué acusarme?
¿Puedo dar más de lo que me dieron?

Desde luego que dio más: el amor de sus versos, la exquisitez de su espíritu, el perfume de sus canciones, que no han perdido a través de los años, nada de su primigenio valor. Dio, no obstante la cortedad de su existencia, un ejemplo de abnegación poética; una constancia de fidelidad al alto destino de su vida. Si Bécquer fue incomprendido en su tiempo y no alcanzó el éxito clamoroso de otros contemporáneos suyos, es, en cambio, “el gran romántico”, el poeta del romanticismo español. Esos “suspirillos nórdicos”, como llamó Núñez de Arce a las rimas becquerianas calan más hondo en el sentimiento que todo el rimero de sus versos sonantes, aún más que la perfección sonora de sus décimas de *El Vértigo*. (2)

Las rimas son el gran tesoro lírico de la España romántica de siempre.

En la prosa de Bécquer hay tanta poesía como en sus rimas. En todo momento escribe bajo el estímulo de su amor, todo él encendido de deseos y henchido de desesperación, la que nunca trasciende a la dulzura de su voz.

Ella era hermosa, hermosa con esa hermosura que no se parece nada a la que soñamos en los ángeles, y que sin embargo es sobrenatural

Sigue refiriéndose, como en sus rimas menos amargas, a la mujer ideal, una desconocida que sueña con la quimera. En estas mujeres de ficción, que arranca del marco de sus *Leyendas*, sigue buscando la mujer soñada:

Alta y esbelta como esos angeles de las portadas de nuestras basílicas cuyos ovalados rostros envuelven en su misterioso crepúsculo las sombras de sus doseles de granito

— Las mujeres de amor, cuando surgen a la evocación del ensueño, se desvanecen, como en el torrente, por el agua, la estatua de sal de Ramakrisna:

... Veía a unas mujeres dejar lugar a otras y las primeras y las que venían después convertirse en polvo y volar deshechas, llevando en un soplo de viento su hermosura; hermosura que arrancaba suspiros secretos ... veía muchas cosas revueltas y tocadores de encajes y de estucos con nubes de aroma y lechos de flores ... damas de perfil puro, de continente altivo

Entre las obras en prosa de Gustavo Adolfo Bécquer se cuentan las *Leyendas*; nueve cartas literarias que titula *Desde mi celda* y que escribió en el monasterio de Veruela, así como artículos diversos.

Las *Leyendas* son “armoniosa combinación de delicadeza de fantasía y de espíritu poético, expresado en estilo terso, florido y claro” (Sic.)

Así, leemos refiriéndose a una campana:

... la otra como riendo con carcajada estridente, semejante a la risa de una mujer loca. Era la voz de los angeles que, atraviesan -

do los espacios llegaba al mundo.

De todos estos poéticos fragmentos de prosa maravillosa, al par que el gran amor de Bécquer por la mujer, tormento de su vida, se destaca su apasionamiento por la naturaleza. Con ella, con los elementos de la naturaleza, pudo enjorar bellísimas metáforas:

... Diríase que las aguas y los pájaros, las brisas y las frondas, los hombres y los ángeles, la tierra y los cielos, cantaban.

Aquí también, su pasión por la música. En todo oía canciones, el eco rumoroso de voces entonadas:

... rumor de hojas que se besan en los arboles, con un rumor semejante al de la lluvia.

Según es cosa sabida Gustavo Adolfo Bécquer se estremecía de embriaguez cuando escuchaba una música. De aquí que afirmaron los hermanos Alvarez Quintero: "Su amor a la naturaleza, su pasión por la música eran resortes inagotables y fuertes estímulos de este ensoñador consolador y deleitoso" (3) Y por eso ese amor a la música de que hablan los distinguidos comediógrafos sevillanos — hispalenses como el poeta de las rimas —, es lo que hace escuchar orquestales melodías en los rumores de la naturaleza; y de pronto descubre que lo que tenía por música de célicas resonancias, no es tal, si no

"el zumbido del aire que gemía en las concavidades del monte" (4)

Por ese fluir de metáforas, por ese melodioso encadenamiento de palabras, hemos afirmado que Bécquer es tan poeta en su prosa como en sus versos. Y tiene su prosa cadencias de versificación; vale decir, metrifica aun sin querer. En una de sus fantasías, una, como en mágica cadencia métrica, octosílabos con pentasílabos y heptasílabos.

¿No es cierto que hasta el aroma	8
que precede al objeto	7
de nuestro amor	5
el tenue y débil crujido	8
de su túnica	4
tienen algo	4
que los demás no comprenden?	8

Mezclas métricas decidoras, y que serán juegos poéticos en mano de los poetas modernos. También encontramos en otros párrafos estos bellísimos hexasílabos:

suspiros secretos
... ..
con nubes de aroma
y lechos de flores.

o estas nueve sílabas que pueden ser un verso maravilloso de un poema colosal

tromba de luz y de sonido

o este pentasílabo que parece de un Moreno Jiménez o un Neruda
un mar de asfalto.

José María Moners San (5) nos da los siguientes ejemplos de la música y casi insólita de la prosa becqueriana:

Una tarde de verano
y en un jardín de Toledo

(octosílabo al comenzar *Rosa de Pasión*)

¡Aire de la noche,
aire de perfumes
refresca mi frente!

(hexasílabo de *El gnomo*)

Ella era joven,
casi una niña,
hermosa y pálida.

(pentasílabos de *Las hojas secas*)

Poetas en Becquer

Bécquer fué “a medias comunicativo y a medias misántropo”. Pero no fue un solariego creador sin asidero que lo inspirara. En música gustaba de Beethoven y Bellini; en pintura tenía preferencias muy especiales, y entre otros admiraba a su hermano Valeriano, quien dejó un hermoso retrato del poeta. En poesía, muy es-

pecialmente en sus *Rimas*, salen a cada paso sus preferencias. Como buen andaluz, gustó las esencias de la poesía popular, y éstas, al par que las influencias exóticas, se reflejan, como en un inmenso espejo en la tersura melodiosa de sus rimas. Moners San.nos da la siguiente ecuación muy elocuente:

Rimas= Bécquer — poesía popular española — reminiscen-
cias preferentemente extranjeras.

Lo popular es lo que tiene aire de copla, como “¿Qué es poesía? ”, que vimos al comenzar este ensayo, donde luego de tres endecasílabos, remata con un heptasílabo: “Poesía eres tú”, que hace asonante agudo con “azul”. También aire de copla tiene “Por una mirada un mundo” y la célebre

Los suspiros son aire y van al aire.
Las lágrimas son agua y van al mar.
Dime mujer, cuando el amor se olvida
¿Sabes tu donde va?

Y más aun que la copla, Bécquer usa la *seguidilla*, el metro original español que elogiara Rubén como

Es el alba una sombra
de tu sonrisa
y un rayo de tus ojos
la luz del día;
pero tu alma
es la noche del invierno
negra y helada.

Perfecto ejemplo de *seguidilla* según la fórmula clásica: una cuarteta y un terceto, con diferentes asonantes, en los que se mezclan heptasílabos con pentasílabos, según la siguiente fórmula: A7—B5—C7—B5—D5—E7—D5.

Por último tiene un romancillo (hexasílabos asonantados) que es un portento de perfección:

Cerraron sus ojos
que aun tenía abiertos;
taparon su cara

con un blanco lienzo;
y unos sollozando,
y otros en silencio,
de la triste alcoba
todos se salieron, etc.

Algo de lo popular le viene a Bécquer a través de Ferrán, y de él también una cierta niebla norteña de arrecidas ráfagas germanas. Augusto Ferrán era un poeta triste y huraño, como Bécquer, amigo suyo, y que un día decidió imitar a Enrique Heine, el poeta alemán de *Intermezzo*. Escribió una serie de coplas que publicó bajo el título de *Las soledades*, que fueron prolongadas por el poeta de las *Rimas*. Estas coplas del desventurado (7) poeta heiniano fueron poco apreciadas. Hoy están casi olvidadas, y apenas se reproducen una que otra. Por ejemplo la Copla No. XIX dice:

Yo, propio juez de mi causa
he venido a sentenciar
que yo la muerte merezco;
tū la muerte ... y algo más.

Por su parte la No. XXXIX dice:

En sueños te contemplaba
dentro de la oscuridad
y cuando abriste los ojos
todo comenzó a brillar.

De todas maneras las coplas de Ferrán desmerecen mucho frente a las dulces rimas becquerianas.

En cambio, Heine se retrata de una manera notoria en el estilo — forma y fondo — de las rimas. Bécquer no sabía alemán, pero posiblemente conoció a Heine a través de las traducciones que hiciera Eulogio Florentino Sanz del *Intermezzo*, publicadas en 1857 en *El Mundo Universal* (8). Sin embargo, según Augusto González Besada, la lectura prolija que hizo Bécquer de Heine fué el libro, traducción en prosa, de Gerardo Nerval, que le prestara su amiga la gran poetisa gallega Rosalía de Castro, quien escribió bellos poemas en lengua gallega con un melancólico tono heiniano.

Andrejullo Aybar, poeta y escritor dominicano, hace la siguiente afirmación en el *Prólogo* a las *Canciones* de Heine:

El pueblo español es tanto más capaz de sentir la poesía de Heine, cuanto que, además de ser un pueblo tan poeta como el germano tiene dos elementos orientales, el moro y el judío, que lo hacen más apto aún a esa comprensión de un poeta cuyo espíritu emana del pueblo allende el Rin y del pueblo de sus antepasados judíos, que debe por igual a esos dos pueblos su fondo de sentimiento, pero que debe sobre todo al hebreo el instinto que descubre las analogías y el encanto que evoca las imágenes.

Algunos exageran las comparaciones entre Bécquer y Heine. Recuérdese que Núñez de Arce llamaba, despectivamente, a las *Rimas*, "suspirillos germanos". Encuentran analogías de temas y de sentimientos. Abigail Mejía se vuelve contra este sentir. Dice:

Heine exagera su sombrío humor, al verlo todo negro y mal: es un escéptico, amigo de rarezas y excentricidades; un israelita umpío y burlón; Bécquer, aunque dude, no maldice, ni es capaz de decirle a su amada lo que el alemán:

¿Que hay en mis versos veneno?

¿Y cómo no haberlo, di?

Si en mi alma llevo serpientes

¡Y además te llevo a tí!

El sólo exclamará suavemente:

Los suspiros son aire etc." (9)

El norteamericano W. S. Hendrix no cree que Bécquer imitara en ningún momento a Heine, sosteniendo, en cambio, la teoría de que quien influyó en el poeta sevillano fue Lord Byron, el gran romántico inglés que tanto apasionara a los españoles.

Hendrix dice:

Hay que dudar seriamente de la influencia de Heine sobre Bécquer ... En todo caso podría creerse que Bécquer y Heine se parecen porque ambos se parecen a Byron ... (10)

Hendrix primero prueba que en una ocasión Bécquer imitó a Byron, y, de seguida, desarrolla su tesis de que el poeta inglés a donde llegó a abreviar venero que enriquecieron los caudales de su valiosa poesía, nada menos que Enrique Heine. Un hecho es indudable y asaz conocido para ser pasado por alto: la gran admiración que sentía Heine por el poeta inglés, de quien tradujo al alemán algunos poemas. Para aquella época Lord Byron apasionaba a toda Europa, y Alemania no era ajena a este influjo. Dámaso Alonso, cuya opinión nos es siempre oportuna, dice al respecto:

La influencia (de Byron sobre Heide) fue tal vez mayor sobre la parte irónica y de sátira política del judío expatriado, y aún se reflejó en cierto modo en su actitud vital de protesta; pero el arte de ambos escritores se manifiesta francamente divergente (11)

Vemos ya como, dentro del romanticismo español, Bécquer sufrió algunos influjos: el de Lord Byron, el de Heine, aún cuando algunos lo nieguen. Otros ingleses (como Macpherson) y otro alemán (Shiller), dejan sus huellas en el tesoro de las *Rimas*.

Pero estas influencias están diluídas en la notoria originalidad de Bécquer.

Se habla de la similitud entre un poema del alemán Athanasiud Grün y una rima de Bécquer. Grün fue un poeta que alcanzó por aquella época cierta nombradía y su poema *El último poeta*, corrió por España en traducción de Nicolás Heredia (12); sin embargo, el original más cercano al poema de Bécquer "*no digais que, agotado su tesoro*", fue citado fragmentariamente en un artículo de Icaza. Al respecto dice Dámaso Alonso:

No sé en cual de las colecciones de la poesía de Grün estará contenida ésta de que tratamos. Los poemas de Grün tuvieron éxito clamoroso en el siglo pasado, llegando a veces a 15 ediciones. Todo parece, pues, indicar, que fue Bécquer el imitador, aunque no se puede descartar completamente, aunque nos falta el dato esencial, la hipótesis contraria. La rima de Bécquer es, sin duda alguna, muy superior a su presunto modelo.

Y si Bécquer imitó a Grün ¿cómo llegó a conocer una poesía

escrita en alemán? Sería interesante conocer si existieron traducciones de Grün al francés (13)

De todas maneras la rima becqueriana, que en algunas antologías viene con el título de *Rima eterna*, es de lo más hermoso que conocemos en la poesía española romántica:

No digais que agotado su tesoro
de asuntos falta, enmudeció la lira.
Podrá no haber poetas, pero siempre
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso
palpiten encendidas;
mientras el sol las desgarradas nubes
de fuego y oro vistan;

Mientras el aire en su regazo lleve
perfumes y armonías;
mientras haya en el mundo primavera
¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a descubrir no alcance
las fuentes de la vida,
y en el mar o en el cielo haya un abismo
que el cálculo resista;

mientras la Humanidad, siempre avanzando
no sepa a do camina;
mientras haya un misterio para el hombre
¡habrá poesía!

Mientras sintamos que se alegra el alma
sin que los labios rían;
mientras se lllore sin que el llanto acuda
a nublar la pupila;

Mientras el corazón y la cabeza
batallando prosigan;
mientras haya esperanzas y recuerdos
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran;
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira;
mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas;
mientras exista una mujer hermosa
¡habrá poesía!

Así está la Rima. ¡Que busque alguien un modelo que
la supere!

Entre los franceses a los que Bécquer se acercara, se
citan a Lamartine y Musset. He aquí estas comparaciones entre Béc-
quer y Lamartine: ...

Bécquer:

Dos ideas que al par brotan,
dos besos que a un tiempo estallan,
dos ecos que se confunden ...
esas son nuestras dos almas.

Lamartine:

Comme deux rajons de l'aurore,
comme deux soupirs confondus
nos deux âmes forment plus
q'une âme, et je xoupire encore! (14)

Por último, la estrofa de Musset:

Je suis dans un salon
comme une mandoline
Oubliée en passant
sur le bord d'un coussin
Elle renferme en elle
une langue divine
Mais si sont maitre dort
tout reste dans son seins.

hace recordar inmediatamente la famosa rima

Del salón en el ángulo oscuro
de su sueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo
véase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve
que sabe arrancarlas. etc.

He aquí la comparación: mandolina= arpa; olvidada por su dueño ... en el ángulo oscuro de un salón al borde de un cojín; en las cuerdas del arpa dormían las notas = las cuerdas de la mandolina cierran un lenguaje divino; cuando está ausente la mano de nieve que la toca = cuando el dueño que la toca duerme. (15)

Las comparaciones surgen *sin* restarle nada a la genialidad del español; la maestría poética con que maneja el tema pone un sello de originalidad en la poesía becqueriana; el remate en la tercera estrofa habla de la desazón del poeta, de su angustia creadora, ese querer estremecer al genio que sestea en el alma. Ya no es el grito de amor, el herido grito de amor brotando como agua termal, con hervor de llanto, por la mujer deseada en las desoladas noches, oscurecidas de brumas; ahora es el terrible anhelar la luz, la luz de creación que ilumine el recóndito ámbito de su conciencia creadora. Ese dolor que podría parearse con el del francés, porque como Musset, Bécquer era pálido y triste, y soñador. Por eso el remate de su poema con esta esta magnífica estrofa:

¡Ay! — pensé — ¡Cuántas veces el genio
asi duerme en el fondo del alma
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: “¡Levántate y anda!

Pero Bécquer no sólo buscó fuente de inspiración en poetas extranjeros.

Tiene también retrospectiva mirada hacia el Quevedo amador, ese Quevedo eterno que amó como nadie — con amor no correspondido — en su insuperable sonetario romántico del siglo de oro español. Y es que el poeta ve en la sonrisa de la amada, rojos relámpagos aurales que engalanan el cielo cuando dice:

Y razonan tal vez fuego tirano
relámpagos de risa carmesíes
auroras, gala y presunción del cielo.

concepción quevedesca que se repite en este otro terceto del mismo Quevedo:

Y cuando con relámpagos te ríes
de púrpura, cobardes si ambiciosos
marchitan tus blansones carmesíes.

Terceto magnífico, que no daña el hipérbaton que forma el primer verso con las dos primeras palabras del segundo, encubriendo la bellísima metáfora:

Cuando con relámpago de púrpura
te ríes ...

Bécquer, gustando de esta rica potación, con esa intuición genial que le hace beber en las más diversas fuentes, sin contaminarse, aprovecha la forma quevedesca del “rojo relámpago”, transformando en grana, lo que allí es púrpura, pero rojor al fin, en función de “relámpagos de risa”, para filigranar su magnífica cuarteta :

Despierta ríes, y al reír, tus labios
inquietos me parecen
relámpagos de grana que serpean
sobre un cielo de nieve.

donde el romántico torna melancólico, lo que es barroco en el clásico.

Hendrix cita la analogía entre un verso de Quevedo, del romance *Amante que ausente muere*, y la copla “los suspiros son aire” (16).

Cossio cita también, comparando con Quevedo, la semejanza de una imagen del soneto quevediano *Retrato de Lisi*, con la rima “Despierta, tiemblo al mirarte” (17).

La huella de Calderón se estampa en la rima “Al brillar un relámpago nacemos”, verso de la *Rima 69* que Bécquer publicó con el epígrafe *La vida es sueño* (18). Helo aquí:

Al brillar un relámpago, nacemos,
y aún dura su fulgor cuando omrimos,
¡Tan corto es el vivir!

La gloria y el amor tras que corrr
La gloria y el amor tras que corremos,
sombras de un sueño son que perseguimos
¡Despertar es morir!

Bécquer y los poetas

La poesía de Bécquer, impopular en su época de exaltaciones relumbrantes, fue alcanzando primacía en el tiempo y en el gusto de los poetas modernos. A medida que el tiempo avanzaba, Bécquer se hacía más nuevo, más fresco, más popular. Algo de la dulzura becqueriana encontramos en mucho de lo mejor de Juan Ramón Jiménez. Especialmente la poesía americana se impregnó de este puro aroma de las rimas.

La ternura casi femenil de Bécquer, su sensación de angustia, tenía que prender en el alma, asaz romántica y apasionada del hombre americano. Aún en la renovación campanil del modernismo, que quiere ser divorcio de fórmulas existentes, aunque es, en verdad, vuelta a la adoración de las rancias esencias, vemos fluir la quejumbre romántica de Bécquer.

Lo encontramos, impreciso y esfuminado en José Martí y Julián del Casal; y preciso, claro, indudable, en el mejicano Gutiérrez Nájera y el colombiano José Asunción Silva, así como en el Rubén Darío de los días de Santiago de Chile.

El gran *Nocturno*, transparente y leve, de milagrosa levedad, de José Asunción Silva, tiene mucho que deberle a Bécquer. Aunque Silva explicó a Baldomero Sanín Cano (19) que el pie métrico de su Nocturno venía de los saltarines tetrasílabos del fabulista Tomás de Iriarte, el crítico chileno Arturo Torres Rioseco (20) copia el siguiente párrafo de *El rayo de la luna*, Bécquer:

Era de noche; una noche de verano, templada, llena de perfume y de rumores apacibles, y con luna blanca y serena, en mitad de un cielo azul, luminoso y transparente.

Líneas que el crítico chileno escinde y arregla ligeramente para facilitar el paralelo con aquel Nocturno:

Una noche.
Una noche de verano toda llena de perfumes y
rumores apacibles
y con una luna
luna blanca y serena en mitad de un cielo azul,
luminoso y transparente.

Y agrega Torres Rioseco:

Además en toda la obra del poeta colombiano existe la misma levedad, la misma melancolía indefinible, los mismos recursos técnicos del asonante, del diminutivo y de la diéresis, la misma atracción mórbida de la muerte, la misma pregunta terrible acerca del futuro que hicieron tan profunda la poesía del cantor sevillano. (21)

En San Domingo encontramos a Bécquer tembloroso y optimista en Fabio Fiallo, el poeta madrigalesco y galante, de melodioso cantar; y en el *Pequeño Nocturno* de Osvaldo Bazil.

Gustavo Adolfo Bécquer es, pues, el gran poeta del romanticismo español.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) *Se dice que esa mujer que persiguió al poeta en sueños y delirios, era Ofelia, la pálida amante de Hamlet.*
- (2) *Se trata de "El Vértigo de Gaspar Núñez de Arce, bello poema en décimas, que cuenta de un tremendo fratricidio.*
- (3) *Joaquín y Serafín Alvarez Quintero: "Semblanza de Bécquer", Prólogo a sus "Obras Completas". Aguilar S. A. Madrid. 1950.*
- (4) *Todas las citas son de "Fantasías y Leyendas".*
- (5) *José María Moners Sans; "Notas sobre Gustavo Adolfo Bécquer", Arch. de la Acad. Arg. de las Letras. Buenos Aires.*
- (6) *José María Moners Sans; "Las fuentes de las rimas becquerianas". Arch. de la Acad. Argentina de las Letras. Buenos Aires.*
- (7) *Augusto Ferran murió loco en un manicomio de madrid.*
- (8) *Eulogio Florentino Sanz era un bohemio nacido en 1825 en Valladolid. Fue nombrado diplomático en Berlín y allí conoció a Enrique Heine, traduciendo al español las quince composiciones de "Intermezzo"*
- (9) *Abigail Mejía; "Historia de la Literatura castellana e hispanoamericana". Ed. Araluce. Barcelona.*
- (10) *W. S. Hendrix; "Las rimas de Bécquer y la influencia de Byron". Boletín Academia de la Historia 1931.*
- (11) *Dámaso Alonso; "La originalidad de Bécquer". En "Poesía Española". Revista de Occidente, Buenos Aires.*
- (12) *Nicolás Heredia; "La sensibilidad de la poesía Castellana".*
- (13) *Dámaso Alonso; Ob. cit.*
- (14) *Moners Sans. Ob. cit.*
- (15) *Como dos rayos de la aurora
como dos suspiros confundidos
nuestras dos almas solo forman
un alma, y un suspiro.*
- (16) *Dámaso Alonso. Ob. Cit.*
- (17) *Moners Sans. Ob. cit.*
- (18) *Moners Sans. Ob. Cit.*
- (19) *Moners Sans. Ob. Cit.*
- (20) *Baldomero Sanin Cano. "notas a "Poesía de José Asunción Silva"*
- (21) *Editorial Michaud*
- (22) *Arturo Torres Rioseco "Precursores del Modernismo". 1925.*
- (23) *Ob. Cit.*